

PIONERAS (III)

Junko Tabei

- A los 10 años escaló hasta la cima del volcán Nasu (Japón)
- Se convirtió en la primera mujer que hizo cumbre en el Everest. Fue el 16 de mayo de 1975, al frente de una expedición de 15 mujeres
- Sobrevivió a un alud del que la rescató, al límite, uno de los 'sherpas'

ANTONIO LUCAS

Actualizado: 10/08/2015 14:08 horas

102

8

Para llegar a la cumbre del Everest con una anatomía de 150 centímetros de altura, poco más de 40 kilos de peso y pasaporte japonés resulta necesario mantener una euforia espiritual a prueba de cataclismos. **Junko Tabei comenzó a escalar en el colegio** y pronto se aperció de que tenía demasiada fuerza como para conformarse con el aguachirle de convertirse en *boy scout*. A esta muchacha menuda la idea de la montaña le animaba el cerebelo, logrando una excitación por la aventura que afilaba una desmedida vocación para trepar por laderas, atmósferas y riscos.

Junko Tabei nació en la prefectura de Fukushima (Japón), en 1939, y **a los 10 años se aupó hasta la cima del monte Nasu**. Una vez en la punta del volcán, miró hacia abajo como si hasta entonces nada hubiera importado. Aquella niña con cara de ratón emitía ya unas ondas electromagnéticas difíciles de interpretar. Nadie sospechaba que aquel ascenso de algo más de 1.000 metros estaba moviendo las capas tectónicas de su tierno entusiasmo con el único propósito de hacer de la altura la patria de su furor. Cada cual tiene su fórmula de supervivencia y ella encontró la propia mirando hacia arriba, como si sólo hallara refugio en lo alto del viento.

Cuando le llegó el tiempo del estirón, **Junko Tabei no ganó más centímetros por fuera pero sí una poderosa determinación** que no se balanceaba. Estudió Literatura Inglesa y una mañana, poco después de graduarse a cota cero, ascendió al Monte Fuji con su marido restaurando así la abolladura sedentaria que le habían asestado los años de universidad. Ni Keats, ni Wordsworth, ni Shelley, ni Yeats le habían inflamado tanto por dentro como una cumbre.

Entonces desató definitivamente las maromas que la mantenían con los pies sobre el asfalto, sintiendo un punto de empuje en la primera vértebra cervical que la guió hasta el remate del monte Cervino y del Matterhorn después, ambos en los Alpes Suizos.

Agilidad y fortaleza

Su salvoconducto era la combinación de una agilidad equilibrada con una fortaleza mental muy selecta. No respondía a las razones del deportista, sino a las hogueras íntimas de los iluminados para una causa concreta. La vida de Junko Tabei no sobresale por ninguna esquina, pues todo está concentrado en el hecho de alcanzar el último amarre que tiene este planeta con el cielo.

Tuvo dos hijos. Continuó pegando brincos de cabrita por picachos y breñas. Adquirió de este modo el primer eco de fama y decidió que era el momento de alcanzar la santidad ascendiendo a la cumbre del monte más alto. **Había que subir al Everest**, un farallón de 60 millones de años. Era 1975 y sólo habían pasado 22 desde que Edmund Hillary y el *sherpa* Tenzing Norgay habían estrenado este ocho mil y aún estaban para contarlos.

Con su aura quebradiza y una estructura general de mosquita muerta seleccionó a un grupo de 15 mujeres para la expedición de su vida. Llamó a algunos despachos para recaudar dinero a cambio de sponsor. Le cerraban la puerta, desconcertados ante aquella chica con algo insectívoro que se proponía recorrer, macizo arriba, los 8.850 metros de la montaña a la que los nepalíes llaman La frente del cielo. Al final, un canal de televisión puso parte del pastizal que exigía la expedición y **con el ánimo fuerte de las misioneras redentoristas, Junko Tabei emprendió el viaje.**

Al Everest conviene subir dotado con mucho de instinto y algo de suerte. Desde 1922 acumula unos 240 cadáveres como si fueran hijos perpetuos. **Hay jornadas de -60° y de suelo a cumbre el tiempo medio de expedición es de dos meses.**

Una vez en Nepal, la caravana de Tabei contrató a nueve *sherpas* locales y comenzó el ascenso con un ventarrón de los que cruje en las paredes del cráneo, como si tuvieses dentro un pequeño martillo de acero inoxidable, de los que sirven para estudiar los reflejos de la rótula. Cualquier nimiedad cotidiana adquiere en el Everest una trascendencia sublime. Pero esta mujer cargada de utensilios que abultaban más que

ella mostró siempre al grupo una fachada impecable, sin una grieta, dando estímulo a los desfondados con su humilde economía de certezas.

Un alud

A los 6.000 metros un alud sepultó el campamento y la tienda de Junko queda sepultada con ella dentro, formando lentamente un bloque de hielo. Es lo más cerca que estuvo del martirologio que esta montaña impone a quien desafía sus faldas.

Uno de los *sherpas* arañó la nieve dura hasta sacarla con una sola mano, desmayada, con los labios del azul funeral del gas metano. Tiempo después recordaba aquel tiempo con una serenidad de los que están ya en medio de algo irremediable. Alguien dijo de abandonar. Y en ese instante, como impulsada por una inyección de adrenalina, tomó el macuto, dos botellas de oxígeno, el piolet, se ajustó un doble juego de crampones y **tiró del grupo hacia delante por la arista cimera en una mezcla de alpinismo y devoción**. A lo lejos dicen que se veía a un ser diminuto, cargada como una mula, ascendiendo sin darse tregua. Llegar o congelarse. No había otro dilema.

El Everest se cobra unos cuantos hombres cada año. Acumula intimidad y cadáveres intactos de los que quedan para la eternidad con los ojos abiertos. Pero Junko Tabei es otra cosa. Alcanzó la cumbre arrastrándose, dos días después de la avalancha, el 16 de mayo de 1975. Sabe que allá arriba nada puede ser negado, pues la altura es lo perpetuo.

En aquel momento sintió por dentro del cuerpo un seísmo de sangre, un esmalte de voces. **Era la primera mujer que pisaba el Everest en su piedra última**. El mundo estaba bien hecho. Y toda la felicidad que acumulaba era el contrapeso perfecto del largo documental del daño que había sido la ascensión.

Tan sólo una pregunta le quedó flotando: ¿Y a donde llegaremos cumplida ya la cima? Junko Tabei no quiere ser historia. Tan sólo memoria de sí misma. "No hubo goce al llegar, sólo alivio", comentó tiempo después. Y es que la pureza extrema de una montaña es a veces la forma más refinada de la crueldad. Ella estuvo a punto de morir si no fuera por la determinación de un *sherpa* que cavó en la nieve con las manos hasta dar con sus 150 centímetros y 40 kilos de peso escurridos bajo la avalancha.

Ser el primero a veces también puede ser una condena. En ocasiones la fama exige peajes. Por eso, **Junko Tabei decidió callar durante un tiempo. Le bastaba con su familia y las muescas vivas de la memoria**. Sigue escalando algunas cordilleras y volcanes, porque nunca hay una última coronación.

Como todo el que ha driblado a la muerte, esta pionera no cree en verdades absolutas ni en ninguna de las formas de la eternidad. Esa es la lección que dispensa también una montaña imposible.

@Antoniolucas75 [<https://twitter.com/Antoniolucas75>]





KEYSTONE/HULTON ARCHIVE/GETTY IMAGES

© 2015 Unidad Editorial Información General S.L.U.